
CAPITULO LXXXVIII

Que trata de la muerte desastrada que el capitán Pedro de Alvarado y los suyos dieron á los señores y nobleza mexicana, por cuya causa se revelaron los mexicanos, y pusieron en aprieto á los nuestros hasta hacerlos salir huyendo de la ciudad de Mexico, y de la muerte del gran Motecuhzoma, de la de Cacama y otros señores.

Estando Cortés en el puerto de la Veracruz á lo de Narvaez, ofrecióse la fiesta tan celebrada de los mexicanos llamada Toxcatl, que caía siempre por Pascua de Resurrección;¹ y como Cortés les había vedado el sacrificio de los hombres, tan solamente se hizo un solemne mitote y danza en el patio del templo mayor, en donde se juntaron todos los de la nobleza mexicana, cargados y adornados con todas las joyas de oro, pedrería y otras riquezas que tenían; y estando en lo mejor de su fiesta y muy descuidados de la celada que se les aparejaba, y fué que ciertos tlaxcaltecas (según las historias de la ciudad de Tetzcuco, que son las que yo sigo, y la carta que otras veces he referido), por envidia, lo uno acordándose que en semejante fiesta los mexicanos solían sacrificar gran suma de cautivos de los de la nación tlaxcalteca, y lo otro que era la mejor ocasión que ellos podían tener para poder henchir las manos de despojos y hartar su codicia y vengarse de sus enemigos, (porque hasta entonces no habían tenido lugar, ni Cortés se los diera, ni admitiera sus dichos, porque siempre hacía las cosas con

¹ Caía esta fiesta á 20 de Mayo.

mucho acuerdo, y de tal modo que en ellas no se hallase perdido, sino antes con aumento y prósperos sucesos), fueron con esta invención al capitán Pedro de Alvarado, que estaba en lugar de Cortés, el cual no fué menester mucho para darles crédito, porque tan buenos filos y pensamientos tenía como ellos, y más viendo que allí en aquella fiesta habían acudido todos los señores y cabezas del imperio, y que muertos no tenían mucho trabajo en sojuzgarlos; y así dejando algunos de sus compañeros en guarda de Motecuhzoma y de su sobrino Cacama, con el mayor secreto y disimulación que pudo se fué hacia la plaza ó patio del templo mayor, y cogiendo las puertas de él con algunos de sus compañeros y los tlaxcaltecas, entró con todos los demás con grande ímpetu, haciendo gran matanza y carnicería en los desdichados mexicanos, que como se hallaban seguros de semejante caso, estaban desapercibidos y sin armas; y así en breve espacio mataron todos los más que allí hallaron, y cargaron ellos y los tlaxcaltecas de muy grandes despojos y riquezas; y al ruido y voz acudieron todos los de la ciudad á favorecer á sus señores, de tal manera, que llevaron á Alvarado y los demás sus compañeros y amigos hasta su posada, en donde estaban Motecuhzoma y Cacama, y si no fuera por estos reyes que les mandaron que cesara el combate, los mataran á todos y echaran por el suelo la casa, viendo la traición tan grande que contra sus señores se había hecho, y también porque la noche los departió luego; aunque no por esto dejaron de darles lo necesario para su sustento, viendo que sus reyes gustaban de ello, y se los mandaban. Cortés volviendo victorioso y muy bien acompañado, porque traía consigo mil hombres de guerra y cien caballos, supo en el camino cómo los de Mexico se habían alzado contra los que allí dejó, y que si no fuera por Motecuhzoma los hubieran muerto, con cuyas nuevas vino á grandes jornadas hasta llegar á la ciudad de Tetzcuco, en donde se reformó, descansó, fué regalado y avisado de todo lo que había de su íntimo amigo Ixtlilxochitl, dándole cuenta de todo, y de cómo aun en la misma

ciudad de Tetzcuco había algunos apasionados de los deudos y amigos de los que mataron Pedro de Alvarado y sus compañeros en Mexico; y habiendo tanteado el modo cómo había de entrar, se partió de Tetzcuco, y llegó á Mexico día de San Juan en 24 de de Junio de mil quinientos veinte, y halló la ciudad sosegada, aunque los moradores de ella no lo salieron á recibir ni le hicieron fiestas. Motecuhzoma se holgó de su llegada y mucho más sus compañeros, viéndole volver con tan buen acompañamiento y tan próspero suceso, y cada uno de ellos le contó los trabajos que había pasado. Otro día después de llegado reprendió Cortés á uno de los principales de la ciudad, porque no se hacía el mercado como solían, que era á su cargo; y como fué con aspereza, se agravió de tal manera, que vino á revolver á casi toda la ciudad, porque ya estaban los moradores de ella tan hartos de las demasías y crueldades que contra ellos se habían usado, que fué menester poco para acabarse de alzar; y así desde entonces se comenzó entre ellos una crudelísima guerra, y en la primera pelea mataron los mexicanos cuatro españoles; y otro día adelante hirieron muchos, y cada día les daban cruel batería, de modo que no los dejaban sosegar un momento; al septeno fué tan recio el combate que dieron á la casa del aposento de los españoles, que no tuvo Cortés otro remedio, sino hacer al rey Motecuhzoma que se subiese á una torre alta y les mandase que dejasen las armas, y él lo hizo de buena gana, rogando á sus vasallos muy ahincadamente que dejasen la guerra: estaban encolerizados y tan corridos y afrentados de ver la cobardía de su rey y cuán sujeto estaba á los españoles, que no le quisieron oír, antes le respondieron palabras muy descompuestas, afrentándole su cobardía, y le tiraron muchos flechazos y pedradas; y le acertaron con una en la cabeza, que dentro de cuatro días murió de la herida. ¹ Así acabó desastradamente aqueste poderosísimo rey; que antes ni después hubo en este nuevo mundo, quien

¹ Ya está bien averiguado, que Cortés mandó matar á Motecuhzoma.

le igualase en majestad y profanidad, tanto que casi quiso hacerse adorar, y se vido en la mayor prosperidad, grandeza y riqueza que hubo en el mundo. Era hombre de mediana estatura, flaco, muy moreno y de pocas barbas; más cauteloso y ardidoso que valeroso. En las armas y modo de su gobierno fué muy justicioso: en las cosas tocantes á ser estimado y temido en su dignidad y majestad real, de condición muy severo, aunque cuerdo y gracioso. Con la muerte de este poderosísimo rey, fué grandísimo el daño que á Cortés y á los suyos se les siguió, porque se movieron los mexicanos, y muerto Motecuhzoma apretaron mucho á los españoles; y no sintieron mucho su muerte, porque ya estaban indignados contra él por el favor grande que hacía á los españoles, y por la pusilanimidad con que se dejó prender y tratar de ellos. Hicieron luego jurar al rey Cacama su sobrino, aunque estaba preso, con intento de libertarle, por ser persona en quien concurrían las partes y requisitos para su defensa honra y reputación; mas no pudieron conseguir su intento, porque queriendo ya los españoles salirse huyendo de la ciudad aquella noche, antes le dieron cuarenta y siete puñaladas, porque como era belicoso se quiso defender de ellos; y hizo tantas bravezas, que con estar preso les dió en que entender, y fué necesario todo lo referido para poderle quitar la vida: y luego por su muerte que fué muy sentida de los mexicanos, eligieron y juraron por su rey á Cuitlahuatzin señor de Iztapalapan y hermano de Motecuhzoma, que era su principal caudillo, y á esta sazón su capitán general. ¹ Cuitlahuatzin dió á los nuestros crudelísima guerra, y jamás les quiso conceder ninguna tregua; pasaron entre ellos y Cuitlahuatzin grandísimos reencuentros y peleas, hasta que Cortés perdió la esperanza de poderse tener en Mexico, y determinó salirse de ella; pero fué con tanto peligro y trabajo suyo y de los suyos, que de toda la riqueza que tenía junta,

¹ La sucesión del señorío correspondía á Cuitlahuac; por lo tanto es falso que los mexicas pretendieran coronar á Cacama.

no pudo sacar casi nada; y aun todos los que murieron de los suyos, fué por ocuparse alguna parte de las riquezas que tenían juntas. Salióse Cortés á diez de Julio ¹ de mil quinientos veinte, de noche, por entender ser acomodado; mas los mexicanos le sintieron y salieron en su alcance, y le mataron cuatrocientos cincuenta españoles, ² cuatro mil indios amigos y cuarenta y seis caballos, en la parte que hoy llaman el salto de Alvarado, y los mexicanos Toltecaacalopan, que es el nombre de la acequia, y el barrio Mazatzintamalco. En este lugar y en otros aprietos en que los nuestros se vieron prosiguiendo su retirada, murieron entre otros señores que iban con Cortés así en rehenes como en su favor, cuatro señores mexicanos, que los dos eran hijos del rey Motecuhzoma y se llamaban Zoacontzin Tzoacpopocatzin Zepactzin y Tencuecuenotzin, y de las cuatro hijas de Nezahualpiltzintli que se le dieron en rehenes murieron las tres, aunque la una de ellas fué la más bien librada, porque murió bautizada y se llamó Doña Juana, que por ser tan querida de Cortés y estar en días de parir la hizo cristiana. Murieron otros dos hijos del rey Nezahualpiltzintli; y asimismo murió en esta demanda Xiuhtototzin uno de los grandes del reino de Tetzcuco, señor de Teotihuacan, que era capitán general de la parcialidad de Ixtlilxochitl, que en su nombre había ido en favor y ayuda de Cortés y de los suyos.

¹ La verdadera fecha fué 29 de Junio.

² Según otros autores, la pérdida fué mayor.

CAPITULO LXXXIX

Que trata de la retirada que hizo Cortés con los suyos á Tlaxcalan en donde se retiró, y lo que en este tiempo sucedió.

Salido que fué Cortés con los suyos aquella noche con tan gran pérdida, se fué retirando por los altos de Tlacopan que es hacia el cerro Tototepec, que llaman el día de hoy nuestra Señora de los Remedios, en donde milagrosamente la reina de los Angeles los favoreció y socorrió; y según la relación citada de los tlaxcaltecas, se paró allí el capitán Cortés triste, afligido y derramando muchas lágrimas, ¹ viendo por una parte la muerte de tantos compañeros y amigos, que dejaba muertos en poder de sus enemigos, y por otra el manifiesto milagro que la reina de los Angeles, su abogado el apóstol San Pedro y el de los ejércitos españoles Santiago, habían hecho en haberse escapado él y los más que iban en su seguimiento; y viéndose cerca de sí á Aexotecatl Quetzalpopocatzin hermano de Maxixcatzin, Chalchiuhtecatl, Calmecahua y otros caballeros y señores tlaxcaltecas, y á Tecocoltzin y Toxpacxochitzin con otros señores que iban en rehenes, hijos del rey de Tetzcuco Nezahualpiltzintli y de Motecuhzoma, dijo por lengua de Marina: que no

¹ La leyenda vulgar refiere que Cortés lloró al pie de la huehete de Popctla, y el Sr. Orozco y Berra opina que fué en las gradas del templo de Tlacopan. Si lloró Cortés, lo cual no creo, me parecen lugar y tiempo más á propósito, los que supone Ixtlilxochitl.

tuviesen aquel llanto y tristeza que en él había por falta de ánimo, pues no era; sino lo uno por los muchos compañeros y amigos que dejaba muertos, y lo otro por las señaladas mercedes que Dios obraba con él por intercesión de su madre bendita y de sus sagrados apóstoles; y que él no tenía temor á los culhuas, ni estimaba en nada su vida, porque cuando á él le matasen y á todos los que con él iban, no faltarían otros cristianos que los sojuzgasen, porque la ley evangélica se había de plantar en esta tierra, aunque más impedimentos y resistencia hiciesen; y que les daba su fe y palabra á todos los señores que le eran leales y amigos, que si salía con victoria y conquistaba la tierra, no tan solamente los conservaría en sus estados y señoríos, sino que también en nombre del rey de España su señor, se los aumentaría y los haría participantes de lo que así sojuzgase y conquistase. Todos estos señores y caballeros le consolaron y le animaron, y fué á hacer noche en Quauhximalpan, en donde tuvo alguna refriega con los enemigos: otro día llegó á Teocalhueyacan, habiendo tenido por todo el camino debates y contiendas con los mexicanos: aquí reparó y estuvo un día con su ejército, en donde se sustentaron con sólo yervas; y luego prosiguió su camino y hizo noche en Tepotzotlan, en donde tuvo poca resistencia; y descansó un día, y otro día llegó á hacer noche en Aychqualco; y á otro día llegó á Aztaquemecan, en donde tuvo una sangrienta y peligrosa batalla, y un capitán llamado Zinacatzin, famosísimo natural de Teotihuacan que era del bando de los mexicanos, mató el caballo que era de Martín de Gamboa, y aquella noche se quedaron aquí y cenaron el caballo. Otro día llegaron á aquellos llanos de la provincia de Otumpan con grandísimo trabajo; y allí les salieron más de doscientos mil hombres que iban en su seguimiento, en donde tuvieron una muy cruel batalla, tomando en medio á Cortés y á los suyos, de tal manera, que no había por donde huir ni retirarse. Cuando se vido Cortés ya en lo último de la desesperación, como quien pretendía morir con algún consuelo, apretó las piernas al caballo, llamando á Dios

y á San Pedro su abogado; y como un león rabioso peleando, rompió por todos los enemigos hasta llegar al estandarte real de Mexico que le tenía Zihuatcaltzin, capitán general de aquel ejército, que llaman Matlaxopili, que era de una red de oro; y dándole de lanzadas quedó muerto á sus pies y le quitó el estandarte, con cuya hazaña todos los suyos desmayaron y comenzaron á huir, y los nuestros cobraron nuevo ánimo y mataron infinitos de ellos. Fué caso milagroso, porque demás de ir muy mal herido el capitán Cortés en la cabeza, y con un callo de ella menos, todos los más y los amigos estaban afligidos, heridos, muertos de hambre y maltratados, en medio de doscientos mil hombres que como tigres rabiosos los iban despedazando; mas fué tanto el valor y fe viva de Cortés, que así como invocó á Dios, á su madre y al apóstol San Pedro su abogado, y sus compañeros á Santiago, todo se allanó y rindió, (según común opinión de los naturales se aparecieron en su favor y defensa), y cogiendo el estandarte real de Mexico como cosa ganada en tan peligrosa batalla, fué triunfando con él prosiguiendo su viaje. Sucedió esta batalla en la parte que dicen Metepec; y llegando á otra que se dice Teyocan, tuvo otra refriega, en donde murieron infinitos de sus enemigos, que fué la última que tuvo en esta retirada; y llegó á hacer noche en Temalacayocan; y luego otro día siguiente fué prosiguiendo su viaje hasta Hueyotlipan en donde hizo noche en la parte que llaman Xaltelolco, que es delante del cerro que llaman Quauhpetl: dió las gracias á los amigos tlaxcaltecas y á los demás que se habían hallado en estas contiendas y retirada, prometiéndoles en nombre de su majestad, que demás de conservar los en sus estados y señoríos, se los aumentaría y se les harían muchas mercedes. Allí fué recibido de Zitlalquiauhtzin,¹ que iba en nombre de la señoría con un gran repuesto de comida y regalo para él y para todos los suyos. Llegado que fué á Hueyotlipan, en donde se le hizo el mismo regalo y durmió,

¹ Citlalpopocatzin.

otro día siguiente le fué á recibir en nombre de la señoría Maxixcatzin: en recompensa de su buena voluntad, ofrecimiento y consuelo que le hizo, le dió el estandarte real de Mexico que estimó él mucho, y puso por una de sus armas.¹

¹ Este relato va en su mayor parte conforme con las pinturas del lienzo de Tlaxcalla; pero en éste se pone la entrega del estandarte Quetzalteopamitl, ya en la ciudad de Tlaxcalla, y al joven Xicotencatl, á quien, según Muñoz Camargo, había cedido el mando su padre, porque se sentía muy viejo é imposibilitado.

CAPITULO XC

Que trata del buen acogimiento que tuvo Cortés en Tlaxcalan, y todo lo que en ella hizo durante el tiempo que allí se reformó; muerte del rey Cuillahuatzin, y elección de Quauhtemoc, de Coanacochtzin y de Tellepanquetzaltzin.

Habiendo descansado Cortés y los suyos en Hueyotlipan, Maxixcatzin con otros muchos señores y más de cincuenta mil hombres de los amigos, le apresuraron la ida á Tlaxcalan, en donde los cuatro señores principales con toda la señoría le salieron á recibir, y llevaron á su ciudad con muy gran regocijo, en donde le curaron y regalaron muy bien, según la relación que tengo citada de Tlaxcalan que es la que yo sigo; y todo lo más que he escrito y adelante escribiré, es según las relaciones y pinturas que escribieron los señores naturales recién ganada la tierra, que se hallaron en los lances acontecidos en aquellos tiempos; porque en cuanto á las cosas de nuestros españoles, y más notables en aquestos tiempos, Francisco de Gomara en su historia de las Indias, Antonio de Herrera en su erónica, el Reverendo padre Fr. Juan Torquemada en su Monarquía Indiana, y como testigo de vista el invictísimo D. Fernando Cortés, marqués del Valle, en las cartas y relaciones que envió á su majestad, todos tratan muy especificadamente, en donde los curiosos lectores hallarán á medida de sus deseos lo que quisieren. Prosiguiendo pues en la traducción de las dichas relaciones y pinturas, dice la de Tlaxcalan que se aposentó